



Con el corazón abierto al mundo

*Margaret Popkin —Maggi para los amigos—, conocida experta internacional en temas de justicia y derechos humanos, ya no está físicamente en este mundo. Hizo muchos amigos en el IDL, en el Perú y en América Latina, razón por la cual la recordaremos siempre como una buena compañera y una mujer de convicciones. Dos de sus buenas amigas han tenido la gentileza de escribir para *ideele* estas breves palabras en su memoria.*

Tributo a Maggi Popkin

coletta a. youngers

Senior Fellow de Washington Office on Latin America (WOLA)

Algunos días después del fallecimiento de Maggi, sus amigos se reunieron para celebrar un año más de su nacimiento. Después de cantarle feliz cumpleaños, uno de los presentes dijo: "Maggi murió de la misma manera como vivió: con el corazón abierto al mundo". Este simple pensamiento resumía muy bien lo que había sido la vida de Maggi.

Directora ejecutiva de la Fundación para el Debido Proceso Legal, Maggi adquirió una reputación reconocida internacional-

mente por sus esfuerzos por fortalecer los sistemas legales y su trabajo en procesos de verdad y reconciliación en Latinoamérica. Su libro *Peace Without Justice: Obstacles to Building the Rule of Law in El Salvador* (*Paz sin justicia: Obstáculos para construir un Estado de Derecho en El Salvador*) se convirtió en un texto de consulta en la tarea de crear un sistema legal eficiente en un país que salía de un periodo de conflicto civil.

La experiencia de Maggi en el campo de los derechos huma-

nos se inició en El Salvador. En 1985 fue nombrada subdirectora del Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana (UCA), lo que la puso en el medio de la guerra civil que viviría El Salvador por los siguientes ocho años. Como parte de su trabajo, Maggi realizó actividades de capacitación en temas de derechos humanos, entrevistó a víctimas de tortura y otras atrocidades e investigó masacres.

Pero la dedicación de Maggi a los derechos humanos trascendió

sus responsabilidades institucionales. Carmen María Hernández, quien trabajó con ella en la UCA, señala: "*Maggi* estaba absolutamente dedicada a restaurar la dignidad de las víctimas de las violaciones de los derechos humanos". El lado humano del trabajo de *Maggi* dejó huella en muchas familias e individuos provenientes de los sectores más pobres de la sociedad salvadoreña. Ella desarrolló fuertes lazos personales con aquellos con los que tenía contacto. Otro colega agrega: "Algunas veces íbamos al

campo solo a visitar gente que ella había entrevistado previamente, solo para estar con ellos, para ver cómo les iba".

En noviembre de 1989, dos miembros del personal y seis sacerdotes jesuitas de la UCA —incluyendo al padre Segundo Montes, jefe de *Maggi*— fueron brutalmente asesinados. En ese momento *Maggi* estaba en el Perú y me comentó cómo los colegas y amigos peruanos la habían apoyado durante esos terribles momentos. Más tarde cumplió un papel muy importan-

te en la investigación que puso al descubierto la responsabilidad de las Fuerzas Armadas salvadoreñas en este caso.

Maggi no desmayaba en su búsqueda de verdad y justicia. Como señala Hernández: "Son sobre todo las víctimas de graves violaciones de los derechos humanos quienes recordarán a *Maggi*". Ese es su legado. Y, además, dejó una comunidad de amigos que nunca la olvidarán a lo largo y ancho de un continente. ■

Recuerdos de *Maggi*

katya salazar

Fundación para el Debido
Proceso Legal (DPLF)

Un día antes de ser operada, *Maggi* dedicó su jornada en la oficina a terminar de planificar el trabajo para las siguientes cuatro semanas, durante las cuales estaría ausente. Había dedicado los últimos días a terminar un artículo sobre el caso de las hermanas Serrano, el primero contra El Salvador que llegó a la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Estaba preocupada porque sentía que la decisión de la Corte no había tenido suficiente impacto en ese país que ella quería como suyo porque había vivido en él durante muchos años y porque allá nació su hijo. Esa tarde la acompañé hasta el ascensor y nos despedimos con un abrazo.

Llegué a Washington en el 2004. Después de largas conversaciones telefónicas y una visita para conocernos personalmente, empecé a trabajar en la Fundación para el Debido Proceso Legal (DPLF por sus siglas en inglés). Había leído casi todo lo que *Maggi* había escrito, y algo me decía que iba a aprender mucho de ella, tanto

en lo personal cuanto en lo profesional. No me equivoqué.

A partir de su experiencia en El Salvador, la preocupación de *Maggi* giró alrededor de cómo mejorar los sistemas de justicia y lograr la plena implementación de los principios de derechos humanos en Latinoamérica. A lo largo de los años, *Maggi* había establecido una red de contactos que la mantenían informada acerca de los avances en los procesos de reforma de los sistemas de justicia, y, en particular, acerca del rol que la sociedad civil estaba cumpliendo en ellos.

La entusiasmaba conocer las últimas medidas implementadas y, sobre todo, compartir y discutir esta información con colegas de distintos países del continente. Estaba convencida de que el intercambio de información y experiencias era un elemento clave en cualquier proceso de reforma de la justicia, razón por la cual los seminarios que DPLF organizó en los últimos años, y que contaron con la participación de expositores provenientes de distintos países, fueron una

gran ilusión para ella. *Maggi* se convirtió en un referente obligado al hablar de estos temas: su opinión era solicitada frecuentemente en distintos foros, tanto en los Estados Unidos cuanto en Latinoamérica.

Maggi era una persona muy reservada; no era la típica abogada de Washington dispuesta a comerse el mundo. Por el contrario, era una persona suave, un poco tímida y bastante —quizá demasiado— modesta con sus logros, lo que contrastaba con la firmeza de sus convicciones, la agudeza de su análisis y la claridad de su pensamiento. Ese contraste nunca dejó de sorprenderme.

Maggi se fue, pero dejó algo especial en todas las personas que la conocimos, la apreciamos y la quisimos, algo que nos motiva a seguir adelante y continuar el trabajo que ella inició. Aunque sé que ya no la veré cada día al llegar a la oficina, sus palabras y sus silencios, sus alegrías y sus tristezas, sus críticas y sus consejos, siempre estarán conmigo. ■